

ERINA Y BAUCIS: UNA AMISTAD TRONCHADA POR LA MUERTE*

Jorge Páramo (R. I. P.)

In memoriam C. L. E. P.

ERINA MURIÓ DE DIECINUEVE AÑOS, a mediados del siglo IV a. C. Era de Telos, pequeña isla situada a 50 kilómetros al noroeste de Rodas, la grande y rica isla democrática habitada por dorios y aliada de Atenas. Allá, en Telos, transcurrieron los pocos años de Erina. Ayudaba a su madre en las labores domésticas, especialmente en el hilado, y, de seguro, muchos ratos pasó puesta a la rueca recordando quizás su último viaje a Rodas, reflexionando sobre sus lecturas (Homero, tal vez Safo, y otros) y soñando... Deseaba ser poeta, dedicarse a escribir, y obtener fama; y algo de esto consiguió: su poema en hexámetros *La rueca* fue muy leído y admirado. Casi setenta años después de su muerte, el poeta Asclepiades de Samos (285 a. C.) editó su obra con este prólogo:

Éste es el trabajo dulcísimo de Erina. En verdad poco extenso, como resulta propio de una muchacha de diecinueve años; pero más impactante que muchos. Si la muerte no le hubiera llegado tan temprano, ¡su nombre a gran altura se hubiese remontado!

Su escasa producción poética fue sucesivamente elogiada por Leónidas de Tarento (280 a. C.), Antípatro de Sidón (170-100 a. C.) y dos anónimos posteriores que figuran en la *Anthologia Palatina*

* Publicamos este texto inédito con la autorización de Juan Sebastián Páramo.

(respectivamente: 4.13, 7.713, 7.12 y 9.190). El gran Meleagro de Gádara (130-60 a. C.) incluyó en su *Guirnalda* (antología) tres epigramas desde entonces atribuidos a ella. La nombran el *Lexicón* de Suda y Eusebio de Cesarea, y, por supuesto, aparece presentada brevemente en algunas de nuestras historias de la literatura griega antigua: *Manuel d'histoire de la littérature grecque* de Alfred y Maurice Croiset (173); *Letteratura greca* de Vigilio Inama (123); *Historia de la literatura griega* de Quintino Cataudella (219); *Geschichte der griechischen Literatur* de Albin Lesky (589); *Historia de la literatura griega* (edición de J. A. López Férez), en el capítulo de Antonio Melero (429)... Digno de especial mención es el estudio de C. M. Bowra, “Erinna’s Lament for Baucis”, incluido en su libro *Problems in Greek Poetry*.

Acontecimiento destacado en la vida de Erina fue su relación con Baucis, también de Telos y también muerta adolescente (poco después del matrimonio). Fueron amigas de la infancia y pubertad y se quisieron. Compartieron temores infantiles, muñecas, juegos, y el trabajo en la rueca; después, tal vez, la ilusión de casarse... Pero la muerte segó sus vidas; las separó, y las cubrió de olvido...

De esta amistad podemos enterarnos por *La rueca* de Erina, poema que los antiguos conocieron completo, en 300 hexámetros, y del que nos han quedado unos pocos fragmentos: un par de versos citados por Estobeo (4.51), y otros dos recogidos por Ateneo (7.283d), además de los cuatro de *Papyri Oxyrhinchi* (1.8), y de los 54 hallados, en 1928, en otro papiro Oxirrinco (Vitelli), editados éstos críticamente por Paul Mass en la revista *Hermes* (vol. 69, 1934). Para mi actual propósito me atengo a la edición enmendada por Bowra, incluida en su ya citado “Erinna’s Lament for Baucis”: la parte central de este fragmento, sus versos 15-34, es lo único que podemos leer captando su sentido, gracias a las numerosas enmiendas de los editores modernos. Pero cuidado: los versos están muy mutilados hacia su mitad, y “la mayoría de estas enmiendas filológicas —como suele ocurrir en casos semejantes— son más una muestra de habilidad lingüística que reconstrucciones confiables” (Lesky 589)¹.

1 La traducción es mía.

En *La rueca*, Erina recuerda a grandes trazos episodios de su convivencia con Baucis, e interrumpe repetidamente su ingenua narración con los sentidos lamentos que le provoca la muerte de su amiga. En el no tan breve fragmento citado en el párrafo anterior, refiere el juego de la tortuga en el corral de su rústica casa: cómo, haciendo ella de tortuga, respondió ritualmente y con acierto que su hijo “había saltado apresuradamente al hondo mar desde su carro de caballos blancos”; cómo entonces —puesto que era de regla— se había lanzado a perseguir a las compañeras que estaban en el juego, y cómo, finalmente, le había gritado a Baucis al atraparla: “¡Te tengo, niña!”. Aquí interrumpe el relato y se lamenta:

Baucis infortunada: estas cosas las lloro
con profundos gemidos; y su impronta,
aún caliente, guarda mi corazón
aquejumbado. Todo cuanto vivimos
es ya ceniza, y brazas... (vv. 18-20)²

Continúa narrando cómo jugaban con sus muñecas, cómo la madre interrumpía sus juegos pidiéndoles que le ayudaran en la cocina, y cuánto las aterraba la Mormo de los cuentos infantiles, de aspecto cambiante, enormes orejas puntiagudas y marcha en cuatro patas. Pero —y vuelve a interrumpir la narración—,

Cuando subiste al lecho de un marido,
olvidaste los cuentos que tu madre
te contaba de niña. Querida Baucis:
Afrodita puso en tu pecho olvido. (vv. 28-30)³

Y el pasaje termina dando a entender que Baucis, la recién casada, murió poco después:

2 La traducción es mía.

3 La traducción es mía.

En mi dolor no quise estar presente
el día de tu duelo. Mis piernas no podían
sacarme de mi casa, ni convenía a mis ojos
contemplar tu cadáver, ni a mí llorarte
con el cabello despeinado. Mis mejillas
se ensangrentaron de pudor...

.....
La voz navega en vano hacia los muertos:
el silencio los guarda, y en sus ojos
he caído en la sombra... (vv. 31-35, Estobeo 4.51)

En la *Anthologia Palatina* aparecen bajo el nombre de Erina dos epigramas sepulcrales: 7.710 y 712, supuestamente inscritos en la “estela”, o pilastra, de la tumba de Baucis; el primero declara expresamente, él mismo, haber sido compuesto por Erina. Sin embargo, hay filósofos que dudan de esta autoría y hay otros que la niegan; para mí, como para Quintino Cataudella, “son con bastante probabilidad auténticos, y son verdaderamente dignos de arte, simple en su elegancia y sincero en el sentimiento, de *La rueca*” (Cataudella 219). Leámoslos en mi traducción⁴:

I

Estela mía, y sirenas, y cofre funerario
que guardas las exiguas cenizas de mí muerta:
salud a quien pase por frente de este túmulo
—sea ciudadano o venga de otras tierras—
y decidle que a mí, recién casada, la tumba
es quien me tiene; y así mismo que “Baucis”
me llamaba mi padre, y que era de Telos.
Eso quiero que sepan. Además, que mi amiga,
Erina, gravó en mi tumba este epitafio. (*Anth. Pal.* 7.710)

4 Sé que hay otra en *Antología Palatina* (traducción e introducciones de M. Fernández-Galiano. Madrid: Gredos), pero no he podido verla.

II

Soy la tumba de Baucis, la recién desposada.
—Tú, que pasas por frente de esta estela,
ojalá increparas a la muerte diciéndole:
“¡Traicionera y perversa, oh muerte, eres!”—
Esta inscripción le informa a quien leyere
la suerte crudelísima de Baucis:
cómo el cremador prendió fuego a su pira
con las mismas antorchas encendidas
bajo las cuales Himeneo cantara;
y que tú mismo, oh Himeneo, debiste
acordar tus canciones y gemidos. (*Anth. Pal.* 7.712)

Anth. Pal. 7.710 supone que la joven difunta habla a su tumba: a los objetos que la decoran: la “estela” o pilastra, las sirenas (figuras arcaicas funerarias) y el cofre, o urna, que contiene sus propias cenizas. Esta mención de las cenizas lleva una acentuada nota de emoción: son “pocas”. Lo tan escaso y leve de los restos de un cadáver sometido a cremación es algo que nos sorprende y conmueve intensamente. Pues eso mismo les sucedió a los griegos: al anónimo autor, por ejemplo, del epitafio 1722 del tomo XIV de las *Inscriptiones Graecae*, que emplea la misma expresión de Erina, y a Sófocles, que en *Electra* trasladó su propio sentimiento a su heroína: “¡Oh memorial y resto de quien ama mi alma, Orestes, [...] a quien ahora sostengo en mis manos vuelto nada!”, exclama Electra (vv. 1113ss.), luego de recibir la fingida “cajita que guarda el resto escaso del difunto”. (Se dice que cierto actor llamado Polo representaba esta escena utilizando la urna que contenía las cenizas de su hijo, para hacer real el dolor⁵). Además, la propia Baucis proporciona los datos habituales de un monumento funerario: nombre del difunto y de su patria; nombre (o mención) del padre, y alguna circunstancia personal: en su caso, el estar muerta novia; y todo ello con originalidad de forma y emoción muy personal:

5 Cf. Aulo Gelio *Noches áticas* 75.

“Eso quiero que sepan”... Al final menciona a Erina, su amiga, como autora del epitafio, dato poco frecuente en inscripciones.

Anth. Pal. 7.712 finge que es la tumba de Baucis la que habla para pedirle al pasajero que maldiga a la muerte, la cual, para la propia tumba —que habla por Erina—, es “traicionera y perversa”. Casi un siglo más tarde, Leónidas de Tarento comentaba: “Gran verdad es lo que dijo la sensata muchacha: / ¡Traicionera y perversa, oh muerte, eres!” (*Anth. Pal.* 7.13); y la razón para increpar de este modo a la muerte es que Baucis murió recién casada: cuando alcanzaba su plenitud de mujer. Este hecho real de la vida de Baucis, convertido en imagen literaria por obra de Erina (las mismas antorchas que alumbraron su cortejo nupcial sirvieron para encender su pira funeraria, y hasta Himeneo hubo de llorar entonces), se convirtió en “motivo” de epigramas, mucho menos realísticos, de época alejandrina y posterior. Meleagro (130-60 a. C.) prácticamente plagia a Erina a propósito de cierta Clearista: “Himeneo rompió el silencio y se acordó de los gemidos, [...] las mismas antorchas que alumbraron hasta el techo le iluminaron el camino al mundo subterráneo” (*Anth. Pal.* 7.711); Antípatro de Tesalónica (1 d. C.) exclama, por la muerte de un tal Egerio que se había comprometido en matrimonio: “¡Ah de la luz envidiosa de las teas, que Himeneo prende de mal grado y Hades con todo gusto!” (*Anth. Pal.* 7.185), y Antonio Tallós (10 d. C.) le comenta a cierta desdichada Cleanasa: “el día que encendieron las antorchas nupciales, consumaste la pira, no las bodas” (*Anth. Pal.* 7.188).

Cuando se le anunció a Aquiles la muerte de Patroclo, “Negra sombra de pena lo envolvió, y guardó silencio; cogiendo a dos manos cenizas apagadas se las echó en la cabeza, y se ensució la cara; tiznó su fragante túnica, y se quedó tendido en el polvo, estirado en toda su extensión, jalándose el pelo con las manos”; ritual de duelo —muy personal— que le atribuye Homero, creando una “escena literaria” (*Iliada* 18.22-27). En la “vida real”, el asesinato de su amigo Díón conmovió tan hondamente a Platón que, tras decir: “Ahora yaces en tu dilatada patria, honrando por tus conciudadanos”, exclamó: “¡Oh Díón que con amor [*eros*] me has perturbado el alma!”

(epigr. 6 Diehl); y aquí cabe Aristóteles, quien en su *Himno a la virtud* (fr. 5 Diehl) subrayó la desolación que le produjo la muerte de su amigo Hermias con esta metáfora: “Dejó viuda la luz del sol”. Así mismo, en la “vida real”, Safo siente, hasta querer morir, la partida de una amiga, que también sufre por la separación, y para consolarla le recuerda cuánto gozaban juntas cuando ésta se adornaba la cabeza con coronas de rosas y violetas y se colgaba al cuello guirnaldas olorosas entretejidas de flores; cuando daba rienda suelta a su deseo en la mullida cama...; cuando iban al bosque... (fr. 96 Diehl).

Junto con el de Erina, éstos son casos del amor que la amistad conlleva (incluido el erotismo) y que la muerte o la ausencia pueden interrumpir, provocando en quien queda la expresión enfática de su pena, con descuido de las restricciones que a la espontaneidad imponen la raza, el género, el sexo, el parentesco, la condición social, la costumbre, la ética, la religión, etc. Y esta expresión enfática de la pena por la pérdida de una persona amada del mismo sexo no hay para qué tacharla de aberrante o exagerada.

Por ejemplo: el *Lexicón* de Suda considera a Erina contemporánea de Safo (Eusebio la sitúa en el siglo IV a. C.), y Máximo de Tiro (siglo II d. C.), 24.18, decía que lo que Alcibíades había sido para Sócrates, Erina lo había sido para Safo; “lo que significa que Safo la amaba”, añade A. Weigall (136). Desviado por los antiguos chismes, el citado autor inglés de la época victoriana los reedita aumentados: “[Erina] encontró dificultades de parte de su madre para trasladarse a Mitilene, donde parece que vivió en casa de Safo. Allí escribió, entre otras obras, *La rueca*, tal vez a propósito de la cual Safo escribió los elogiosos versos: “No creo que nunca haya existido otra muchacha tan bien dotada para la poesía como aquella” (fr. 53 Lobel-Page)... “Sus versos [los de Erina] debieron estar inspirados en gran parte por su amor aberrante, ya que posteriormente fueron considerados perjudiciales para la moral pública, y la Iglesia los quemó junto con los de Safo (Petrus Alcyonius)” (fr. 139 Lobel-Page)⁶.

6 Traducción mía.

Pero por su lengua y su estilo, por su *Weltanschauung* y radio de influencia, Erina pertenece al siglo IV a. C. (donde la sitúa Eusebio), y nada tuvo que ver con Safo, excepto tal vez el hecho de leerla; y hasta donde nos consta, sus remembranzas de Baucis no revelan nada “aberrante”.

Entre quienes ponen en duda que Erina haya escrito los epitafios de Baucis está D. L. Page, quien, además de razones de tipo estilístico, aduce éstas: “Sólo la *Anthologia Palatina* le atribuye [a Erina] dos epigramas sobre la muerte de su amiga Baucis. Dado que en su célebre poema *La rueca* Erina ya había llorado a Baucis, parece poco verosímil que lo volviera a hacer una segunda vez, y una tercera, en epigramas bastante exhibicionistas que, además, huelen a alejandrino [...]. Por tanto, juzgo que estos epigramas son dudosos” (Page x)⁷. Dejando aparte lo de “exhibicionista” y “alejandrino”, en cierto modo Page tiene razón: no esperamos que un poeta vuelva sobre un tema que ya trató. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que el temperamento de los griegos antiguos no era el mismo de un profesor británico de hoy, y que el *planctus* por un muerto era entonces un ritual enfático y reiterado: todos los años, en el cumpleaños del difunto, los deudos conmemoraban su memoria con un solemne homenaje funerario, en el que se cantaba el *threnos*; además, el día 30 de cada mes era fecha prescrita para tributar honores a los muertos, y existían conmemoraciones especiales como la que en Atenas coincidía con las Antesterias⁸. Teniendo esto en cuenta, sí es verosímil que Erina llorara la muerte de su amiga Baucis más de una vez: en *La rueca* y en sus dos epigramas funerarios, los cuales, por lo demás, forman una sola unidad literaria.

Las dos apreciaciones que acabo de citar muestran hasta qué punto puede ser difícil comprender un amor como el de Erina y ver en su expresión sólo ternura franca y pena desbordante...

Para terminar, de Erina y Baucis, una a una, me gustaría decir lo que escribió el desaparecido Elitis a propósito de Critó, Teanó,

7 Traduzco del latín, de su *Praefatio* a sus *Epigrammata Graeca*.

8 Cf. Maisch y Pohlhammer (186).

Hegesó, Aminoclía, Mnesarete, Minó..., cuyos perfiles sobreviven en relieves funerarios del siglo IV a. C.: “¡Qué misterio! Esas cabezas en la piedra, sin referencias ni comentarios, nos centran. Crean la paz de una sombra en la luz enceguedora de la muerte [...]. Muchachas tan jóvenes, tan hermosas, son apenas posibles. Sin embargo, en algún lugar han de seguir peinándose el cabello, porque el aire huele bien y nuestras sábanas se hallan revueltas cuando despertamos” (“Los epitafios”, *En leuköi* 30)⁹.

Obras citadas

- Bowra, Cecil M. 1953. “Erinna’s Lament for Baucis”. En *Problems in Greek Poetry*, 151-168. Oxford: Clarendon Press.
- Cataudella, Quintino. 1954. *Historia de la literatura griega*. Barcelona: Iberia.
- Croiset, Alfred, y Maurice Croiset. 1902. *Manuel d’histoire de la littérature grecque*. París: A. Montemoing.
- Inama, Vigilio. 1943/1952. *Letteratura greca*. Milán: Hoepli.
- Lesky, Albin. 1958. *Geschichte der griechischen Literatur*. Berna: Francke.
- López Férez, Juan Antonio (ed.). 1988. *Historia de la literatura griega*. Madrid: Cátedra.
- Maisch, Richard, y Franz Pohlhammer. 1931. *Instituciones griegas*. Barcelona: Labor.
- Page, Denys. 1975. *Praefatio a Epigrammata Graeca*. Oxonii: E Typographeo Clarendoniano.
- Vitelli, Girolamo. 1928. “Frammenti della ‘Conocchia’ di Erinna”. *Bulletin de la Société Archéologique d’Alexandrie* 24: 9-16.
- Weigall, Arthur. 1932. *Sappho de Lesbos; sa vie et son époque*. París: Payot.

9 Traducción mía.